



Grato resulta leer el libro «Historias de la Alcarama» de Abel Hernández, editado por Gadir. Porque hay

en sus páginas lirismo y crónica de sucesos. El ensalmo milagrero de la resurrección de los muertos. Ese levántate y anda de Jesucristo a Lázaro se repite aquí con Sarnago y el conjunto de pueblos -despoblados mejor- de su alrededor. Los de la comarca de las Tierras Altas, que se abren cual bisagra desde Soria a La Rioja. Si un día de verano del año 79 d. de C. anocheció para Pompeya, sepultada por la

erupción del Vesubio; el 23 de abril de 1979 se certificaba la defunción de Sarnago con el óbito de Aurelio, su último vecino. Colofón al éxodo brutal de los años 60 y 70 a la ciudad. A partir de aquello quedó enmudecido bajo la ceniza y la ruina del abandono. Fue precisa la literatura para abrir su caja de música. Porque todo siente horror al vacío. Así la hueca caracola, arrimada a nuestro oído, trae el rumor del mar.

Reivindicar orígenes. Volver al microcosmos de lo paradisiaco, mediante la

## La resurrección de Sarnago

fórmula mágica del «había una vez» que nos lleva del tiempo real al mítico. La literatura es la infancia renovada, acunada. Eso persigue el autor mediante la trama del narrador-padre que le escribe cartas a su hija Sara para reavivar su memoria. Un total de cuarenta, como las de la baraja que entretenía el ocio -con la lectura y el don precioso de la conversación- en el traspaso de los largos inviernos. Para que advierta diferencias entre el ayer local y lento y el hoy global y acelerado. Aquél

entonces, cuando los pueblos estaban llenos de vida y valores. Y de felicidad, por la combinación de pequeños detalles. Cuando los protagonistas-héroes de su economía campesina de supervivencia eran pastores y labradores, casi aún del neolítico. Por lo que giraban circulares como norias alrededor de la rutina que marcaba el reloj solar. Con el paso de los días y las estaciones tiñendo de color el paisaje y sus emociones, y fijando el calendario de faenas (matanza, esquilo, cosecha,...).

Cuando había niños, mozos, mayores y ancianos. Se acostumbraba a echar los novios, pagar el piso, pingar el mayo o lucir tres mozas mوندidas por San Bartolomé. Constituían su cultura tradicional frente al medio hostil. El cuento de la vida con inicio y fin.

Son recuerdos hilvanados desde el corazón -cor, cordis-, en límpido castellano. Como si sucedieran ahora mismo y la tía Martina los contemplara desde el portal de su casa. Pasado y memoria tan necesarios para aprender. Empero, se requieren maneras como ésta de transmitirlo. Contra el peligro acechante del olvido.